

DELIRIUM POETICUS

Delirium poeticus
David Carvajal Garrido

Esta obra ha sido licenciada bajo una licencia Creative Commons
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 España.



Usted es libre de:

- Copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:

- Reconocimiento. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).
- No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
- Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.

Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor

Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.

AUTOCIDIO

A.
Dios.

Pero no a un dios cualquiera,
sino al que vive y sobrevive
a todos los demás.
Al primero nacido
y el último que
no será.

A.
Dios.

Llevo un año bisiesto
o trisiesto
o polisiesto,
en resumen, más largo,
esperando lágrimas intempestivas,
recuerdos reforzados,
fotografías inesperadas.

A.
Dios.

La media vida mía
que fue la tuya entera
y la media otra que me queda
no serán contigo
aunque volveremos a vernos
quizá al final de las casetas
de pasado-futuro
y nostalgia estelar.

A.
Dios.

En el día en que llegó
uno de los tuyos
tú decidiste irte entre mis brazos
a sabiendas que no había otros
que desearan entregarte más,
sin más que decir
tu silencio deslenguado,
sin más que llorar
tu amor voraz.

A.
Dios.

A nuestros paseos nocturnos.
A los rituales anuales.
A los gritos sordos de auxilio.
Al estómago que devora,
que vomita, que llora.
A la recepción veinticuatro horas.
A tu calor.
A la vida -a esa vida-.
A la mentira real.

A mí.
O a esa parte de ti
que no era todo
pero sí mucho
de cuanto fui.

Al suicidio,
al tu icidio
pero nunca al
deicidio, decido,
maldecido, maldicho,
maldito... lo que sea.
Yo. Me la suda.

A.
Dios.

A nueve. A trece.
A las estaciones
en las que no nos bajamos
pero sobre todo
a las que sí nos bajamos
a ver pasar juntos los trenes
y decirles adiós con la mano.

Ahora que el tiempo
es sólo una gilipollez
o yo un solo gilipollas,
que sé que en mi obsesión
por atraparlo
tú te me escapas.

Ahora que sé qué es la muerte
con conocimiento de causa,
qué digo causa,
con conocimiento de efecto,
de golpe de efecto,
y golpea duro,
decido respirar a oscuras,
escribir a oscuras,
llorarte a oscuras.

Y me acompaño,
rascándome la cabeza
con expresión complaciente,
con tictacs apagados,
con cefaleas visionarias.

Y me apaño.
Desafiando puntos de inflexión
a duras muy duras penas
pero sin lástima, por favor,
que apenas dura, gracias.

Y me hago daño.
Voluntario, que es del que no se cura
pero del que duele menos
porque, al fin y al cabo,
es cosa mía.

Y con esto y sin más te dejo,
que tengo que recordarte
y eso lleva lo suyo.
Me despido. Te digo...

Hasta luego.
Nos vemos.
Pronto.

AMANECE EN UN HARÉN DE ARABIA

Tres deseos.
Así es como empiezan los cuentos.
Deseando.
Sobre todo los de princesas.
Deseo impuro,
deseo prohibido,
deseo indeseable.
Siempre son tres.
Aquí va el primero:

“Yo solo quiero amarte,
sin reservas ni obstáculos,
sin dudas ni sospechas,
sin mentiras ni desafíos.
Pero no terminamos
de aprender a hacerlo.
Queremos pasarnos de listos
y así no llegamos más
que a ser los más tontos.
Y así nos va,
que desde el puto principio
hemos perdido la brújula entera.”

Ahora que las lámparas
funcionan con electricidad,
los genios ya no dan deseos:
te los mandan por e-mail,
que son como las cartas
pero sin lágrimas caídas
sobre el papel.
Aquí llega el siguiente:

“Yo solo quiero dejarte
un trocito de mi alma
en el hueco que hay en la tuya.
Llegar a ella primero
para seguir la carrera
hacia tus nalgas y gemidos,
hacia tus invocaciones
a diostodopoderosoorgasmo,
hacia los silencios de los grillos.
Y no al revés,
que en ese modus operandi
el mundo se hace inmundo
destruyéndose por dentro,
devorándose por fuera.”

Siendo el aire como es
-a veces menos aire

y más todo lo demás-
no se llega a ninguna parte
si se camina a la pata coja,
si se copula con la misma prostituta,
si se conduce siempre
en sentido contradictorio.
Y aquí termina el último:

“Yo solo quiero desearte
hasta el mismo infinito,
que no te cumplas nunca,
que seas mi meta sin salida,
que me deje la vida
matándola día a día
un poquito más por ti.
Y que me digan lo que quieran
porque el amor
no es cosa de princesas
sino de putas que desean
entregar su corazón
a un sultán que no existe
y que nunca llega.”

Ahora que soy yo el que espera,
el que duerme y te solicita,
no sé por qué tengo la impresión
de que la musa está más cerca
... y tú más lejos.

Y me da hasta miedo encontrarte.

RECORDURA

He realizado ya
varios reintentos
por retenerte
y me ha salido
realmente
mal.

He rebuscado
en los cubos de basura
el remedio a esto
que no respira,
que se ahoga,
que agoniza
regurgitándome.

He redimensionado
el contorno de mi sombra
reduciéndome,
recomponiéndome,
redesenfocándome.

He remojado
con lágrimas,
con saliva,
hasta con repudia
mi replanteamiento
discontinuo de la vida,
de esta vida estéril
y en retroceso
que no hago más
que reconocer.

He repasado
una a una las alas
de las hadas
que revoloteaban
a mi alrededor,
con el mismo resultado:
dos, dos, dos...

Así que he obtenido
la resolución decisiva.
Y es ésta. Dos. Puntos.
Ya que no puedo redimirme
a base de repeticiones,
ya que la respuesta
es tan relativa,
ya que recordar
es tan rejodido, loco,

eso haré, querido hermano:
retomar aquel viejo proyecto de niño
de renunciar a la cordura.

Así que a partir de ahora
me afanaré en recuperarte,
recopilaré y retocaré
aquello que fuimos.

Reestructuraremos
toda esta mierda
que rezuma
por todas partes.
Recogeremos
cuanto nos pertenece,
remataremos
a ese cabrón de reloj
que remarca cada segundo
como recreando la retícula
de todas nuestras renunciaciones.

Pero no podrá
atraparnos en la red
de su sucio juego.
Resucitaremos
tantas veces
como podamos resistir.

Claro que siempre
habrá un rezo, ese reto,
reflejo tuyo, mío, nuestro,
que no podamos rechazar:
esa reina bruja
que reencarnándose
en cada reconquista
nos recolecta
o más bien,
nos recolecciona.

O tal vez, querido hermano,
con todos mis respetos,
no seamos dos
como los pares de alas
de las hadas de mis cuentos
y otros relatos.

Tal vez no haya reinas
ni princesas ni regalos
de reencuentro a solas.

Tal vez esta melodía
de recia melancolía

de circo y bailarina
de caja de música,
de risas de niños,
que resuena en mi cabeza
no sea más
que el redomado revolver
a la infancia arrebatada,
al revólver recargado.

Hermano, tengo que decirte algo:
soy hijo único.

EN TU ESPALDA

Trocaré tu sonrisa
por un pedazo de ti.
Pero tan solo a toda prisa
solo puedo decirte que sí.
Que sí a tu mirada encontrada.
Que sí al pídemelo todo o nada.
Que sales ganando mi amada,
porque en tus labios mi cama
te dedico esta última palabra
que aunque no quiera, mi dama,
eres mi cuerpo, mi pluma, mi alma.
Te quiero, amo, soy, entraña.

SINTRATO

Está prohibido quererse.
No a la manera convencional,
por supuesto,
pero sí al resto.

Está prohibido mirarse a los ojos
y decir “te amo”
sabiendo que hay más ojos
que nos ven hacerlo
y que aun siendo así
no puedo arrancármelos.

Está prohibido desafiarse
mutuamente,
continuamente,
tontamente,
pero pese a eso
lo hacemos constantemente.

Está prohibido permitir
lo que parece inadmisible
pero que no es inadmisible.
es sola y simplemente
algo más complicado.

Está prohibido no llevarse
las manos a la cabeza
cuando el mundo decide
girar en sentido inverso
aunque no sea el más correcto
pero sí el más sentido
desde dentro.

Está prohibido tener secretos,
que no mantener secretos,
porque detrás de la sonrisa
de máscara se esconden
esos ojos que lloran
aunque a veces
pase al revés.

Pero por sobre todas las cosas
está prohibido tirar la toalla,
desesperarse,
desesperanzarse,
no arriesgar,
dejarse a un lado,
dar para recibir
o no luchar.

Aunque eso a veces signifique
hacer una retirada estratégica.

SINTINUACIÓN

Hay cosas insoportables.
Estar sintigo es insoportable.
Escribirte es insoportable.

Intento no hacerlo
con todas mis fuerzas:
he llegado a encadenarme
con esposas a los barrotes de mi cama
para que mis manos no te escribieran,
pero entonces aparecías tú
encima de mí
contoneándote
y mis manos entonces suplicaban
no liberarse nunca
para evitar cometer
el auto-crimen posterior,
el más punitivo
e insoportable de los actos:
el de escribirte.

Creamos personajes
de personajes de personajes
en una sinergia
genealógico-literaria.

Practico ejercicios
de recursividad imparabile
y sin base alguna
como cuando miro al cielo
y veo un avión y me pregunto
si el que está arriba mira abajo
y se pregunta si yo existo
mirando al cielo y preguntándome
etcéteras.

O como cuando me veo
reflejado en tus ojos
reflejándolos sin saber
si sientes o no
lo que yo siento
que sientes que siento
por ti.

Algún día te pondré un nombre
pero mientras tanto
sigue llamándote viento,
sigue llamándote suspiro
o susurro o fragancia,
como la que dejas

en mi cama cuando te marchas
y me dejas aquí solo,
encondenado y cubierto de semen frío,
soportando lo insoporable
de tu inconstante ausencia.

PARAFILOFOBIA

Me susurras un “te quiero”
mientras leo los versos de Safo.
Te atreves a atreverme
cuando sabes lo que hay.

Hay tú. Hay yo.
Y hasta hay otros
que son nada
de nada de nada de nada.

Y aun así me respiras,
me anhelas, me expiras
pero sobre todo me inspiras.

Crees que me sale solo
pero es sólo en compañía
la única manera de atrevernos
sin ver ni mirar nuestras espaldas
donde fingimos el paso de las noches
y la dulce muerte de los días.

Esos que pasamos juntos
lejos en la distancia
en algún lugar del tiempo,
en la persistencia de la memoria,
en ese mundo tuyo y mío
que se hace llamar
asfixia.

PERSECUTORIA PERPETUA

Safo me ha abandonado.
Se ha ido de mi lado
para estar con otras
más jóvenes, más guapas,
más insulsas que yo.

Ahora que me he hecho vieja,
que no colmo de igual manera
sus deseos, sus fantasías,
se ha ido de viaje,
de paseo por el mundo,
a visitar otros cuerpos,
que el mío
ya lo conoce bien.

Ella que es eterna,
que ha conseguido engañar al tiempo,
que rebosa existencia imperecedera,
no se preocupa de tener que mantener
el interés por mí.
Ya tiene interesadas en ella de sobra.

Porque yo conozco su táctica,
mejor que nadie además.
Se acerca a las fronteras de la inocencia
decidida, dispuesta, dominante.
Les susurra los versos más bellos
-esos que antes eran solo míos-
y así caen las tiernas mariposillas
en su trampa de néctar.

Safo me ha abandonado.
Se ha ido de mi lado
para dejarme aquí sola
masturbándome las lágrimas
con su aroma de sándalo
que no se va de mis ropas.
Menos ahora que estoy desnuda,
escribiéndole desnuda,
desnudándome la desesperación,
arrancándomela a tiras,
por volver a verla
tumbada aquí conmigo.

Las dos juntas de nuevo,
con aquel vino que ella me daba
y que vertía sobre mi cuerpo
para lamerlo con sabor a pecado,
a Dionisos y a diosas que se aman.

Pero ahora me lo bebo yo sola
para intentar convocar a sus musas
y le escribo mis besos borracha,
a sabiendas que no son tan buenos
como los suyos,
como esos de los que me priva,
a sabiendas que busca otros
de otros labios
más torpes pero más nuevos
que los míos.

Safo me ha abandonado.
Se ha ido de mi lado
pero tengo un plan.
Atraparé sus musas,
convocaré lo que más ama,
lo que más necesita,
para que vuelva a buscarlas.
Y cuando llegue, será mía de nuevo.

Sólo hay un problema.
Me falta una.
La más importante.
Sin ella, no puedo hacer nada.
Me falta Calíope,
la que le arranca
los versos más dementes.
Esa maldita zorra griega
como tantas otras zorras griegas,
como Safo,
como las que Safo ahora conquista,
como yo antes de Safo.
O después, ya no lo sé.

Necesito atraparla
pues sin ella no seré nada,
esa muerta en cuyo epitafio
reza “estoy dentro de ti”,
sin más.

Safo me ha abandonado.
Se ha ido de mi lado
pero lo que no sabe
es que aún no me ha perdido,
que la pérdida es ella
ahora que lo que quiere
no es jugar a aprender
sino aprender a jugar,
que es peor y a la larga,
más peligroso.

Pero yo la dejo.
Volverá a mis brazos.
Lo sé.
¿Estaré esperando?
Eso ya no lo sé.
Pero de lo que sí estoy segura
es de que a su regreso
invertiremos papeles:
yo seré el hombre
y ella la mujer.
Yo manejaré los hilos que nos unen
y ella bailará para mí.
No como hasta ahora,
que siempre fue al revés
y que hasta ahora,
sigue haciendo en su ausencia.
En definitiva,
yo seré el poeta
y ella la musa.

Safo me ha abandonado.
Me ha dejado dolida
y se ha ido de mi lado
pero nunca lo hará de mi vida.

DAÑOS COLITERARIOS

El mundo no ha terminado.
Sigue ahí, intacto.
Invisto, invicto.
Inoído, intocado.
Ingusto, injusto.
Inolido, innegado.

Se asoma exhalando
bocanadas impertinentes
de persistencia bicéfala
o incluso bifálica.

Me exige y me castiga
y me premia con desprecio
a partes desiguales
e imparciales.

A veces no sé ver
el trasfondo del mundo.
Tan nuevo y tan valiente.
Otras me hundo
con la soberbia
del tedio impenitente.

Siento que somos incertidumbre
que se atreve a llevar
sobre sus hombros
la razón anticuada
pintada en paredes vacías.

Es entonces cuando todo se mezcla.
La segunda persona del sinplural,
el pasado futuro impresentable,
el epítome minuscuasiperfecto.

Pero sobre todo tú.
Tú contra ti.
Ti contra tú.
Siempre luchando las dos
que sois una o a veces
ninguna o la otra.

Y yo en medio,
que ya no sé si soy
aliado o enemigo,
prisionero o portaestandarte,
emperador o el último miembro
de la debilitada resistencia.

Literalmente,
daños colaterales.

La guerra sigue
dos contra ninguno
que soy yo.
Dejadme tranquilo,
que siga a lo mío,
pese a ser lo nuestro
-de los tres, sí, de los dos-.

Que no vais a parar
hasta hacerme explotar
de ira, de placer, de fisión interna.
En este pulso sin corazón
que echáis deteniéndomelo,
que me roba el aliento,
la sangre, el cuerpo
y a cambio no deja
más -ni menos- que palabras.

El mundo no ha terminado.
Sigue ahí esperando
para ser destruido
de nuevo.

COMPLEMENTO INVERTIDO O RACIÓN COPULATIVA

En este largo y cauteloso proceso de conocerte
a veces encuentro cosas que me gustan
y otras veces cosas que no me gustan.

A veces te tomo como mía
y a veces como tuya
en defensa de mí mismo.
A veces te quiero hasta morir
y el resto te vivo hasta donde puedo.

Descubro intrincados laberintos
en todo aquello con lo que formas
tus deshilachados pensamientos,
como un ovillo con el que jugar
siendo yo un gato mutilado.

Como mujer única te reconozco
traspapelando los orígenes
de las más tiernas historias,
de las más trágicas risotadas,
de los vaivenes más estáticos.

Y me completas. Me descubres.
Me alimentas. Me defecas.
Me vomitas antes de engullirme,
revelando mi rostro
a un mundo no preparado
para verlo jamás.

He encontrado en tus pérdidas
un hueco para las mías,
he intentado hacerte exclusiva
cuando la palabra es especial,
quiero decir,
no es una palabra cualquiera.
Tú y yo la sabemos
y es suficiente,
que no es poco.

Y a partir de ahora he decidido
no perderte nunca más,
no perderme nunca más,
que por dentro
-aunque no por fuera-
viene a ser lo mismo.

Te miro cuando tú no lo haces
para estar seguro de que me ves
más allá de cada gesto de mí

que ignoras deliberadamente.

Siento que te hago el amor sin tocarte,
que no quiero tocarte si no es
para hacerte el amor.
Aquí, ahora, en cuanto me mires.

Pero no me miras.
Continúas distraída
tu paseo por el mundo
ajena a estos sesenta y nueve versos
que salieron sin querer
por amor al arte,
por el hecho de quererte,
de no poder odiarte
por mucho que lo intente
y, créeme, lo intento a diario,
aunque no te lo demuestre bastante.

Y justo cuando tengo
que acabar este poema,
cuando más te necesito
para buscar un final adecuado,
simplemente te levantas
y te marchas, dejándome solo
con el canto de la urraca
que fue la única testigo
de lo que hicimos en aquel parque
a esas horas en que somos más yo
que todas las tú que me muestras.

RECAVUELTA

Los cuatro chelistas del apocalipsis
me dan la bienvenida a casa,
ese manicomio pintado de blanco
sobre blanco sobre gris más gris.

Los coristas sefiróticos me llaman
a un estado peor que la muerte,
al descenso al primer abismo,
el de las trepanaciones caóticas.

Las paredes y el techo recitan un salmo
a los evangelios de la defenestración
mientras el clavicordio toca solo
una sonata oscura en clave de luna.

Una legión completa de valkirias
me montan, me cabalgan una a una
en una artística orgía desigual
al ritmo de los tambores de guerra.

El decademencial órgano catedralicio
sacrifica al infierno sus escapes de aire
para tenerme bien atado a la tierra,
ésa que a veces se viste de cielo.

Causalmente, nada es por casualidad.
Criaturas mitológicas sobrevuelan
los sucios corrales de tragedias
y escarlatas mascaradas satíricas.

Efectivamente, hay más sonatas.
Pero ninguna suena como lo hace ésta,
siguiendo metrónomos desfasados
en un teatro de sueños conectados.

Lágrimas y risas se entremezclan
en el drama de mi supraconsciencia
donde los poemas son dulces susurros
y se contraen tímidas las pupilas.

Al final del inane hexagrama
se quedan anotados los gritos
de súplica por una década
que empieza en un desacorde cualquiera.

Entonces se para por fin la música
para dejar al mirlo contratentador
que cante a capella, al alba reveladora,
la anhelada recavuelta a casa.